

LIBROS

Por tierras de Portugal y España

En su Colección «Divulgación Universitaria», cercana ya al medio centenar de títulos, Edicusa publica en libro las crónicas que en la pasada primavera ofreció el diario «Informaciones» bajo el epígrafe general de «La raya de Portugal». Son sus autores Antonio Pintado (advocación caminera de nuestro compañero Luis Carandell) y Eduardo Barrenechea. El primero escribe un cuaderno de viaje, y el segundo traza una más metódica descripción de la extensa zona fronteriza, en la que a lo largo de veinte días recorrieron cinco mil kilómetros.

Observa Pintado, tanto en Portugal como en España, los males del centralismo («filipino», matiza), el machismo hispánico ejercido sobre Portugal («la actitud clásica y todavía predominante de los españoles respecto a Portugal es la machez», dice Gonzalo Delgado, uno de los tres inteligentes y liberales hermanos que en El Cerro de Andévalo informaron al viajero), la «inquietante belleza» de las últimas estribaciones de Sierra Morena, la continua e irracional separación luso-española, la pobreza («temo poder afirmar que, en su conjunto, estas tierras fronterizas entre Portugal y España son las peores; quiero decir, las más pobres y abandonadas de ambos países»).

Comienza el viaje por El Andévalo, comarca la más occidental de la Andalucía española, región donde los viajeros hallan dos «personajes» que les acompañarán a lo largo de su recorrido:

el alcornoque y el cerdo ibérico... Ya en Portugal, en la meridional ciudad de Beja, anotará la característica limpieza de las ciudades lusitanas, limpieza ciertamente artesanal, diferente a la asepsia europea, hecha de máquina y trabajo por horas; la portuguesa es limpieza de exceso de mano de obra, sensible aún a pesar de la emigración en una región que cuenta con el pan como base de su alimentación. Allí, en el Baixo Alentejo conocieron a un «fidalgó portugués» (diferente del moratiniano), posibilidad óptima del sistema latifundista de la zona, al decir de Pintado. Pero más que la consideración regeneracionista del viajero, nos interesa aquí su afición a la descripción costumbrista y, sobre todo, de muy concretos y limitados ambientes, que es en lo que el «cuaderno de viaje» alcanza sus momentos más felices. Así, por ejemplo, en la visita a la cvorense Capela dos Ossos o al Museo de Santo Rosario de Aroche. Porque nuestro recopilador de celtiberismos, cuanto más nimio y menor es el tema, cuando no se ve forzado a realizar grandes síntesis, sino a relatar pormenorizadamente algún suceso, gana. Tiene, sin duda, marcada y tenaz preferencia por escayolas y sacristanas, por salmodias y devociones, por las viejas y edificantes historias o leyendas, como la de Simón Vela o Mariana Alfofarado, aunque no por ello olvide el presente. Y el presente en toda esta zona, como en otras muchas, se llama emigración. La parcela hispano-lusa objeto del libro estaba poblada hace un decenio por seis millones de habitantes; hoy se ha reducido en una cuarta parte. Imagino que será difícil hallar en nuestro continente una diáspora de tan terrible y asombrosa magnitud. Y así, en La Alberca («el pueblo más bonito de España», junto a Albarracín y tres o cuatro más que nuestro generoso viajero

descubra en sus próximos periplos ibéricos), anotará: «Los jóvenes se han marchado del pueblo, y estos niños que juegan en la plaza mayor tienen todo el aspecto de futuros madrileños o futuros habitantes de Lausana o Düsseldorf».

Los aspectos económico-sociales son el motivo del extenso y documentado informe de Eduardo Barrenechea. O más exactamente, de la serie de informes. Porque la unidad del libro viene dada por la justificación administrativa («filipina», añadiría Pintado) de la frontera y por el común denominador del subdesarrollo. Pero si partiendo de Lisboa, pongamos por caso, ascendemos Tajo arriba y sustituimos la frontera por el curso fluvial, también hallaremos este denominador común, que, por desgracia, no es «rara avis» en las ibéricas tierras. La falta de unidad que supone englobar en un mismo libro a la andaluza Huelva y a la galaica Orense, motiva tal vez el yuxtapuesto rosario de relatos pintadianos y el alarde estadístico-numérico de Barrenechea, necesario, sin duda, al tener que partir de cero en cada caso.

Una de las causas del atraso de la comarca fronteriza es el aislamiento, y de él dice Barrenechea: «España tiene con Portugal mil doscientos treinta y un kilómetros de frontera y trece pasos fronterizos (aunque el de Lovios puede darse por casi inexistente). Ninguna Aduana está abierta las veinticuatro horas del día, ni en verano. Con Francia (y Andorra) tenemos sólo setecientos doce kilómetros de frontera, y existen dieciocho puestos fronterizos, y esto teniendo presente que casi el cien por cien de la frontera con Francia es de los terrenos más difíciles por su montuosidad (los Pirineos), mientras que cara a Portugal no existen graves valedares naturales, sino al contrario». A la hora de los aná-

lisis parciales, el capítulo dedicado a Badajoz («Muchos para pocos y poco para muchos») es el más completo y detallado. El autor examina una por una las siete acciones fundamentales propuestas en el más antiguo y famoso de los planes parciales españoles. No podemos entrar aquí en pormenores sobre este riguroso estudio. Indiquemos que veinte años después de su puesta en marcha, Badajoz es la primera provincia española por su número de emigrantes.

La conclusión final del viaje es desoladora: «De no actuarse de forma no retórica, sino urgente y prácticamente —dice Barrenechea—, el futuro de esta vasta zona será su desertización progresiva». Y Pintado, al hablar de las desasistidas tierras españolas, sólo superadas en ello por sus vecinas lusitanas, cuenta lo dicho por un alcalde extremeño mientras miraba al cielo: «En fin, necesitamos la ayuda de arriba. Pero de arriba del todo». ■ VICTOR MARQUEZ REVIERGO.

Los novísimos canarios

La semana comprendida entre el 25 de febrero y el 4 de marzo puede muy bien calificarse de la más literaria de Canarias. En ella se ha fallado un premio de novela, que precisamente lleva el nombre del archipiélago; ha sido presentada la primera

muestra antológica de la nueva narrativa de las islas y se ha contado con la presencia de Artur Lundkvist, presidente de la Academia de Suecia y del Jurado que falló el I Premio Canarias; el peruano Mario Vargas Llosa, y los críticos Andrés Amorós y José Luis Cano, el poeta Justo Jorge Padrón, el catedrático y especialista galdosiano Alfonso de Armas Ayala y el secretario sin voto, director del grupo editorial Inventarios, J. J. Armas Marcelo.

Carlos Barral, que próximamente verá publicada su obra completa aquí en Las Palmas bajo el título «Inventarios de la ansiedad», fue el maestro de ceremonias en presentar a «los novísimos canarios», un grupo de once narradores de todas las islas que en estos momentos están desarrollando su producción al socaire del tan traído y llevado «boom de la narrativa canaria».

«Aislada órbita», el volumen-antología editado por Inventarios, recoge relatos de Luis Alemany, S. Alonso Paniagua, J. J. Armas Marcelo, Juan Cruz Ruiz, Alfonso García-Ramos, Rafael Arozarena, Luis León Barreto, Alberto Omar, Víctor Ramírez, Emilio Sánchez-Ortiz y del propio realizador del libro, Rafael Franquelo, incluido por la editorial.

Queda patente el afán de estos hombres por saltar por encima de la estrecha órbita insular. Canarias puede aportar a la literatura en lengua

castellana una expresión dialectal a caballo entre el español europeo y el idioma latinoamericano, y el propio Mario Vargas Llosa señaló su sorpresa ante el hecho de que en la pequeñez geográfica insular exista un potente movimiento literario.

En cuanto al I Premio Canarias, el Jurado lo declaró desierto. Y recomendó la edición de la novela de Carlos Edmundo de Ory, «Mephiboseth en Onou», a la que fue concedido un accésit por entender que se destacaba nitidamente sobre las quince presentadas.

Como es sabido, Ory ha sido uno de los principales renovadores de la poesía española de posguerra, fundador del movimiento «postista» y «rescatado» últimamente por la publicación de recopilaciones de sus poemas. ■ L. L. BARRERO.

Dependentismo y clases sociales

La funcionalidad y subsidiariedad que en el proceso de desarrollo del capitalismo han desempeñado las áreas subdesarrolladas ha sido suficientemente explicitada en los tratados clásicos de economía política: «asegurar el monopolio del comercio, limitar el mercado de la colonia y extender el propio a su costa» era una de las primeras disposiciones de los mercantilistas, según palabras de Adam Smith («La riqueza de las naciones»). Limitar el progreso de la colonia en beneficio de la metrópoli era un objetivo claro e inmediato al establecer un enclave colonial.

David Ricardo santificó esta praxis de explotación con una de las más exitosas teorías de la ciencia económica convencional: la «doctrina de los costes comparativos» —cada país debe especializarse en aquellos productos que pueda obtener a costes comparativos meno-

Carlos Edmundo de Ory.

